



CAROLINA GATTINI

*En los negocios y
en el placer...*

todo vale



En los negocios y en el pla- cer...

todo vale.

Carolina Gattini

Capítulo 1.

He pasado la mitad de mi vida disfrutándola, modelos, fiestas y alcohol, la otra mitad he estado trabajando, porque de lo contrario no estaría donde estoy. He llegado a un punto en el que creo que ya no se puede ser más feliz. Lo tengo todo, lo sé casi todo y en realidad a veces creo que me aburre todo, pero no me quejaré por ello porque siempre encuentro un nuevo entretenimiento. La última idea ha sido aprender a pilotar y, evidentemente, he tenido que comprar un pequeño jet para probar mis habilidades. Aunque ahora no estoy tan seguro de haber hecho bien comprándolo, puede que me canse de esto más pronto que tarde, además tampoco tengo tiempo para ir muy lejos si me paso media vida en la oficina.

Suena el teléfono interno y veo que es mi secretario.

—¿Sí?

—La señorita Kuznetsova.

—Dile que no estoy. O mejor, dile que no quiero verla más.

—Por supuesto.

Francis no va a decirle eso, sé que ahora le estará dando mil explicaciones sobre por qué no vamos a vernos nunca más. Habrá inventado una enfermedad repentina, o tal vez le haya dicho que estoy cerrando un negocio y tengo que irme de viaje. A saber...

Decido levantarme para comprobar cuál de esas excusas le está dando. Pero al contrario de lo que creía, ella no estaba al teléfono, está frente a la mesa de mi secretario con los brazos cruzados y manteniendo su cuerpo de metro setenta de modelo sobre dos tacones finísimos, que según

las leyes de la física no deberían poder aguantar a nadie de pie, y sin embargo lo hacen. Lleva, cómo no, un vestido ajustado de leopardo, demasiado corto y demasiado escotado.

No tengo ganas de aguantar a nadie hoy, precisamente hoy, así que no me tiembla el pulso para echarla de allí.

—Miroslava, no me interesas... fuera o llamo a seguridad —digo dándome la vuelta de nuevo para entrar en mi despacho y cerrar de un portazo, más enfadado de lo que debería estar. Pero no es la presencia de esa mujer lo que me irrita, aunque también es una mujer la que ha provocado mi reacción.

Unos minutos después entra Francis con la cara descompuesta.

—Me has hecho sufrir —me reprocha.

—¡Yo! Estoy sufriendo, ¿sabes? He perdido Bramson & Co.

Francis mira al suelo sin saber bien qué decir y me dirige una mirada de cordero degollado que hace que me apiade de él.

—Sé que los demás no tienen la culpa... Es esa estúpida, creo que se ha propuesto arruinarme.

—Dudo que pueda arruinarte, un poco de competencia siempre es buena —asegura él y yo le miro con cara de pocos amigos.

—¿Un poco de competencia? En primer lugar, la competencia nunca, repito nunca, es buena, y en segundo lugar esa mujer se está adelantando a cada cosa que se me ocurre. ¿Tendrá espías dentro de nuestro equipo? —me pregunto más para mí que para él, desenfocando la vista mientras finjo mirar hacia la ventana.

—Lo dudo... —dice él con una sonrisa que quisiera borrar de un puñetazo, hoy no estoy en mi mejor día.

—Como descubra quién es el espía, soy capaz de martarlo con mis propias manos... deberías encargarte unos plásticos para cubrir el suelo de mi despacho... —digo recor-

dando una película en la que mataban a un tipo en el despacho, donde luego recogían todo con esos plásticos previamente colocados para facilitar la limpieza. Francis no me toma en serio y se empieza a reír, cosa que odio en este momento.

—No pretendía ser una broma.

—Tal vez deberías concertar una entrevista con la señora Garmendia. Podríais fijar unos límites para no traspasarlos... —recomienda adoptando una pose de meditación, está entre un gurú que se alimenta del sol y el emoji de pensar que hay en mi móvil.

—Pues por una vez has tenido una buena idea —le felicito levantándome de un salto de mi silla con ruedas, que sale disparada hacia atrás por el impulso.

—¿Dónde vas? —me pregunta alzando las cejas y cruzándose de brazos frente a mí.

—Pienso presentarme ante ella ahora mismo.

—¿Ahora?

—Ahora —confirmo cogiendo la gabardina que hay colgada junto a la puerta en un perchero de diseño que cuesta más que el sueldo que pago al hombre que se interpone en mi camino.

—No creo que sea buena idea.

—Aparta, Francis, o los plásticos los usaré contigo...

Él me deja el camino libre y camino con decisión.

—No pienso encargar plásticos para forrar el suelo de tu despacho —dice desde la puerta de éste cuando ya estoy a pocos metros del ascensor.

— Quiero hablar con la señora Garmendia. Vamos, haz tu trabajo y llámala —le digo a la secretaria cuando al fin accedo a la planta del ático de ese edificio. Cuando he llegado me he sentido como Ironman en la sede de algún su-

pervillano. A ver si me contagian aquí de algún virus y me vuelvo idiota y lento como la secretaria de esa mujer.

La secretaria me mira boquiabierta por encima de sus gafas de leer y niega con la cabeza. Con este personal a su servicio la admiro un poco, tengo que reconocerlo, aquí no hay nadie en su puesto, he accedido hasta aquí sin ningún control, pienso negando con la cabeza, a lo que la secretaria responde frunciendo el ceño.

—¿Tiene una cita? —pregunta ella mirándome con desconfianza.

—No —me limito a decir. Ella vuelve a fruncir el ceño todavía más.

—Pues si no tiene una cita, me temo que tendrá que concertar una... y teniendo en cuenta la agenda de la señora Garmendia, no sé cuándo le podrá atender... tal vez el año que viene —dice con satisfacción.

Yo entrecierro los ojos y doy un paso adelante para apoyar las manos en la mesa de esa pequeña arpía.

—No sabes con quién estás hablando.

—No creo que me interese tampoco... —dice levantándose para quedar a mi altura, aunque a pesar de levantarse, casi mide lo mismo, es muy bajita.

—Soy Jonathan Doyle. No necesito concertar ninguna cita... con nadie —recalco para que le quede clara mi posición.

Ella responde abriendo la boca y estirando su cuerpecito como si ganara al hacerlo mayor poder. Después me mira de arriba abajo como si estuviera estudiándome para comprobar si podría acabar conmigo o no. Es una mujer muy rara.

—Jonathan Doyle. Lo imaginaba más, no sé, más mayor —asegura con una sonrisa edulcorada.

—¿Y por qué quiere ver a la señora Garmendia? Si puede saberse —pregunta cruzándose de brazos y mirándome a los ojos de una forma muy extraña.

—Eso es algo entre ella y yo.

—Oh... es algo entre ustedes. Comprendo... Entonces creo que podrá hacer un hueco en su agenda, ahora mismo. Supongo que le estará entrando una gran curiosidad... —dice de forma enigmática moviéndose hacia el despacho que hay a la izquierda, el único que hay, que ya había supuesto que era el de esa mujer.

—¿Está ahí? —pregunto estúpido, es evidente que sí.

—Sígame, le atenderá ya. Como ha dicho antes, usted no necesita pedir cita... —asegura girándose antes de colocar su mano sobre el picaporte de la puerta de doble hoja y sonriendo.

La sigo hasta ese lugar con tanta luz que no veo nada cuando entro. La secretaria cierra la puerta tras de mí y compruebo que no hay plásticos en el suelo, sino una alfombra rosa. Cuando levanto la cabeza y me acostumbro a la luz que entra por el ventanal comprendo que no hay nadie.

—¿Tengo que esperar aquí mucho tiempo? Tengo cosas que hacer.

—No, señor Doyle, le atenderá ya mismo —dice sonriendo y rodeando un lado de la mesa central y corriendo la silla para a continuación sentarse.

La miro estupefacto cuando ella decide de nuevo levantarse y extender su mano para decir:

—Claudia Garmendia, encantada.

—¿Qué significa esto? —pregunto confundido.

—Mi secretaria me ha dicho que aunque no tenía cita, le urge hablar conmigo de algo que no le podía explicar antes y, ella tenía razón, tengo curiosidad por saber qué le ha traído hasta aquí.

—Se está burlando de mí.

—Un poco, pero usted me ha tomado por mi secretaria y no me ha dejado siquiera explicarle... ¿En qué puedo ayudarle?

—He venido a fijar unas condiciones. Pero ahora no estoy tan seguro —afirmo odiándola un poco más que antes.

—¿Qué condiciones?

—Condiciones para que acabe esta guerra.

—No sabía que había una, pero le escucho —afirma quitándose las gafas... reconozco que le quedan fatal.

—Bramson & Co. y antes de eso las fábricas del puerto. Iban a hacer un centro comercial en esos terrenos e iban a construir pisos de lujo, era un negocio redondo, las vistas que tiene... Y ahora sólo van a servir... ¿Para qué? ¿Para construir más aluminio? —digo negando con la cabeza.

—Me ofrecieron la compra y pensé que era una buena inversión. Siento que le haya afectado en los negocios, pero si no le gusta cómo funcionan, tal vez podría dedicarse a otra cosa —sugiere como si no supiera lo que acaba de decir. Hasta es capaz de sonreír al terminar.

Me quedo boquiabierto y no sé qué responder para herirla.

—Le iba a proponer algún tipo de acuerdo para acabar con esto, pero veo que no quiere que acabe la guerra. Pues tendrá guerra —afirmo tajante.

—Mientras se dedique a desmembrar compañías y a acabar con el esfuerzo de los empresarios que las crearon, muchos más acudirán a gente como yo para que salve sus negocios —dice con una sonrisa de satisfacción.

—Eso está por ver —sentencio y me doy la vuelta. La voy a hundir, ese será mi propósito para el nuevo año. Y cuando acuda a mi despacho llorando, Francis no le dará cita.

Cuatro meses después.

Ese engréido es más listo de lo que había supuesto. Nos encontramos en la gala benéfica anual donde se hará una subasta para destinar el dinero a las víctimas del último desastre natural, y ni siquiera nos dedicamos un saludo cortés cuando nos cruzamos frente a frente en el enorme salón. Me repatea que haya aprendido tan rápido la lección que le di. Encima fui yo la que le hizo ver su error, ahora él usa las empresas que compra para hacerlas más productivas, por lo que no me resulta tan fácil como antes. Antes me lo ponía en bandeja. La guerra que no existía cuando vino a mi despacho, ahora sí existe. Es un hombre odioso.

Estamos sentados en mesas distintas, pero demasiado cerca para mi gusto, sólo hay una mesa entre las nuestras. Él dirige miradas furtivas para analizarme y yo no puedo evitar hacer lo mismo cada cinco minutos. Me está poniendo muy nerviosa. Mi pareja se está aburriendo y yo pongo los ojos en blanco. Estoy al borde de un ataque de nervios y él jugando con la comida. Observo de nuevo a la pareja de Doyle, otra de esas modelos de las que me han informado que siempre le acompañan... ¡Qué original!

—Declan, por favor —le ruego—, deja de hacer eso.

—¿Hacer qué? —pregunta frunciendo el ceño.

—Jugar con la comida... —le susurro para que el resto de invitados no se den cuenta de lo que le digo. Las mesas son redondas y si no fuera porque la subasta ha empezado, estaríamos mirándonos las caras unos a otros, sería muy incómodo, con Richard haciendo el payaso como de costumbre.

—Siempre te quejas de todo —asegura dejando el tenedor como si fuera un niño al que han regañado.

No tengo tiempo para sus tonterías, pero le pido disculpas igualmente para centrarme después en la subasta.

Ahora van a subastar un cuadro. ¡Qué original!, pienso rodando los ojos, y descubro que Doyle me está mirando. Ladeo la cabeza y niego.

—La joya de la corona, damas y caballeros, preparen sus bolsillos o sus billeteras, porque empezará fuerte... — dice el presentador que ha logrado captar la atención de todos y se oye el susurro de los asistentes ante la expectación que ha suscitado.

—Gulfstream G650.

Ese estúpido levanta la mano y yo, como movida por un hilo invisible, hago lo mismo.

—¿No tienes uno ya? —le oigo decir a su acompañante—. Y siempre te quejas de que no debiste comprarlo.

Él no parece hacerle caso, sino que vuelve a levantar la mano para subir la puja. Y yo también lo hago, y luego él. De pronto lo pienso y me niego a comprar un jet, porque no sé qué haría con él. Así que dejo que él siga y se gaste el dinero. A ver si así se arruina de una vez por todas.

Me hubiera gustado quitarle el capricho, pero era una estupidez seguir su juego.

No debo comportarme como un niño, tal y como hace él, o ahora mi pareja, refunfuñando que quiere irse.

—Luego hablamos, pero por favor, aguanta un poco más.

Él me mira y suspira como si estuviera haciendo un esfuerzo grandísimo.

Tengo que ir al baño y me disculpo con el resto de los asistentes mientras se clausura la subasta y hacen un espectáculo en el escenario.

—Te lo has buscado demasiado guapo y demasiado tonto —dice una voz a mi espalda cuando salgo del salón.

Me giro y veo a Doyle con una sonrisa de autosuficiencia, mirándome desde su altura. Como si ser alto fuera una ventaja.

—Lo mismo digo.

—Cuando busques trabajo te podría dar empleo en el jet, como azafata de vuelo —propone colocándose frente a mí y apoyándose en el marco de la puerta del baño de mujeres.

—No necesitaba el jet. Y tal y como ha dicho esa acompañante tuya, ya tenías uno.

—Considéralo una excentricidad.

—Tú eres excéntrico, eso desde luego —confirmo apartándole con la mano en su brazo, pero él no se mueve cuando lo hago, sino que sonrío con malicia.

—Necesito ir al baño —digo levantando de nuevo la mano para apartarlo y rozando su brazo ligeramente. Entonces él se aparta y me cede el paso. Es un tipo extraño, no sé si excéntrico o raro.

Cuando salgo del baño me encuentro a Declan cruzado de brazos esperándome.

—Yo me voy, contigo o sin ti.

—No puedo irme a mitad de la gala, vete si quieres —acabo diciendo porque me tiene harta esta noche.

Él no dice nada más y se va. Creo que no le volveré a ver el pelo. Y la verdad es que no me da pena, aunque hemos estado casi un año juntos. Pero me siento aliviada al verlo irse.

—Al fin —digo para mí, porque estoy sola.

Me doy la vuelta y vuelvo a ver a ese estúpido de Doyle.

—Empiezas hablando sola y acabas con cuatro gatos y sin trabajo...

—¿Otra vez tú? Ya que estás tan chulo esta noche, y tan pesado, te daré una primicia —digo con una sonrisa malévol—. Esta mañana he firmado la compra de la editorial Miller. Y lo primero que voy a publicar en la portada de Fashion NY va a ser una foto tuya con esa modelo... pondré el titular... —hago como si estuviera pensando algo real, porque evidentemente no voy a poner su cara en mi nueva revista—. Pondré... estúpido del año con estúpida modelo compra un jet para tener dos que no usa.

—No puede ser, no has comprado la editorial. Esta mañana he hablado con ellos —asegura boquiabierto.

—Yo también, pero mi secretaria conocía a uno de los dueños, mi verdadera secretaria, no la que conociste hace

unos meses.

—Jonathan —se oye la voz de la modelo que le ha acompañado—. No puedes permitir que salgamos en Fashion con ese titular.

Él pone los ojos en blanco y se gira intentando una sonrisa.

—No te preocupes, ella sólo bromea. No va a publicar nada parecido. Vamos, vuelve dentro, sé buena.

Ella lo mira ofendida, a lo mejor no es tan tonta como parece.

—No me trates como si fuera idiota. No pienso seguir ahí dentro ni un minuto más si piensas así de mí.

—Pues vete con el novio de ésta —dice exasperado—. No tengo tiempo para estas estupideces ahora mismo, ¿no ves que ella me está robando?

La modelo se da la vuelta ofendida y efectivamente se va.

—Yo no te estoy robando —aseguro también ofendida.

—Ya... entonces son los negocios.

—Por supuesto —digo poniendo los brazos en jarras y dando un paso adelante para desafiarle. Él me mira desde su altura, me pregunto cuánto medirá, ¿metro noventa?

—No infundes demasiado miedo con tu metro y medio —me dice él cuando intento estirarme, como hago siempre que me enfado.

—No te dejes engañar por las medidas, aprendí krav maga.

—Sigues sin intimidarme... —reconoce y contengo mi enfado.

—Tienes mucha confianza en ti mismo, ¿verdad?

Él sonríe y muestra unos dientes blancos como perlas en una tez morena por los rayos uva o algún autobronceador porque cuando vino a mi despacho era blanco como la leche y estoy segura de que no ha pisado una playa en años. Si yo soy morena es por genética, no porque tome demasiado el sol, porque estoy igual que él, no he pisado

una playa en años. Desde luego, si tenemos algo en común es nuestra adicción al trabajo.

Lo que no entiendo es cómo consigue ponerse moreno con lo rubio que es, se echará alguna crema para potenciar el bronceado o se habrá puesto maquillaje.

—Así se intimida a alguien —dice y da dos pasos hacia mí.

Yo lo miro atónita y doy un paso atrás, pero choco mi espalda contra la pared y me siento en un callejón sin salida, o mejor dicho en el pasillo sin salida. Está tan cerca que huelo su perfume, tengo que reconocer que el olor es muy agradable. Sus ojos están disfrutando de mi malestar. Vuelve a sonreír y me acorralla con sus brazos. No soy capaz de moverme. Se agacha y despega una mano de la pared para cogerme de la barbilla.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con un hilillo de voz. Su mano está caliente y es suave.

No sé qué pretendía demostrar, porque un flash nos ciega y nos giramos hacia su procedencia.

—La madre que lo parió —digo en el idioma de mi padre que siempre es mejor para estos casos, así como para insultar.

Él niega con la cabeza sin entender nada y se lo traduzco. Asiente y persigue al fotógrafo antes de que haga cualquier tontería con esa foto.

Al cabo de unos minutos vuelve y se encoge de hombros.

—Lo he perdido, no sé dónde está.

—Lo buscaré yo... —digo nerviosa—. Haré un comunicado. ¿De qué agencia era? —mi rostro debe reflejar mi turbación, porque él me mira con lo que parece preocupación en los ojos.

—Yo qué sé...

—Si esta foto sale a la luz... nadie confiará en mi credibilidad, pensarán que voy a cederte las acciones, a saber. Hay que encontrarlo.

—Nadie confiará en ninguno de los dos y Victory hará honor a su nombre —dice afirmando con la cabeza, mencionando a la competencia.

—¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Qué querías demostrar?

—No lo sé —dice nervioso—, has empezado tú.

—¿Yo? Yo no he empezado nada.

—Me estabas enseñando las tetas —se queja.

Llevo la mano izquierda a mi frente y niego. Seguimos hablando rápidamente, como si el tiempo se nos acabara para pensar. Y lo estamos perdiendo hablando de tonterías.

—No te estaba enseñando las tetas. Será que tú miras donde no debes.

—Porque las tienes ahí..., y son grandes. Ponte un chal o algo así.

—Ponte tú una venda en los ojos. ¿Será posible? —digo negando con la cabeza, poniendo las manos sobre mis caderas.

—Te pareces mucho a esa actriz mejicana, ¿cómo se llamaba...? ¡Salma Hayek!

—Soy medio mejicana, ¿qué tiene eso que ver?

—Me gustaba mucho en esa película de Tarantino.

Yo resoplo y me muevo nerviosa de un lado a otro.

—Entonces debemos echarle la culpa a Salma Hayek, a Tarantino o ¿a ti?

—Bueno, calma. Debemos calmarnos y pensar.

Nos miramos con complicidad y respiramos profundamente al unísono. Comienzo a mordermelas uñas y él me mira levantando una ceja.

—Intento pensar. Y tú me pones más nerviosa.

—Puede que esté todavía en el edificio.

—Lo dudo, ese habrá salido corriendo por si lo pillábamos antes.

—Podríamos llamar a las agencias.

Yo lo miro ladeando la cabeza y moviendo los párpados en señal de incredulidad.

—Estarán deseando una noticia así, de esa forma lo confirmaríamos.

Él asiente mirando a otro lado..., y escoge mi escote. Yo pongo los ojos en blanco de nuevo y niego. ¿Es posible que sea tan idiota?

—Esperemos a que la publiquen y luego lo desmentimos —propone iluminándose su cara.

—¿Y qué explicación daremos?

Él se queda mirándome haciendo una mueca con sus labios.

—Que no era yo, el fotografo estaba a mi espalda, podría ser otro.

—Eres muy alto..., pero por otro lado no se me ocurre nada mejor.

—De acuerdo, este es el plan: Nos vamos tranquilamente a nuestras casas y nos dormimos y olvidamos este día. Y mañana tranquilamente también vemos qué han publicado y lo explicamos así —sugiere con un tono de voz melódico y calmado, como si hubiera perdido la cordura... Creo que sólo le falta la camisa de fuerza y la habitación acolchada para que la imagen cuadre con su aspecto.

—Tranquilamente también.

—Así es. Todo saldrá bien... —asegura con una sonrisa de lado a lado.

—Y así es como haces los negocios.

—No, así es como intento no hundirme y volverme loco —afirma con movimientos espasmódicos de su cabeza.

—Pues creo que no te está sirviendo de mucho... Pero estoy de acuerdo en lo de irnos a casa.

Nos dirigimos al vestíbulo y me abre la puerta como un caballero. Ha perdido la cabeza. En otra ocasión me habría puesto la zancadilla. Salgo y bajo las escaleras subiendo la falda de mi vestido para no tropezar y ver los escalones que llevan a la calle, sólo me faltaba caerme y llegar rodando abajo para que la noche sea perfecta.